

manuel julián

nubes de azahar



NUBES DE AZAFRÁN

Manuel Julián



Editora: *Violant Muñoz i Genovés*
Promoción: Mediática, agencia cultura
agmediatica@gmail.com
Tel. 93 312 01 62
www.tiendamediatica.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Primera edición: Abril 2015
© Manuel Julián
© Diseño gráfico: Dailoscc DCC
Investigación gráfica: Carlos Martín Caso
© Imagen de portada: "Nectarines" Andrej Germanovitsj Zadorin
© Imagen de contraportada: Fran Molina Fernández.
Modelo: María José García

Para esta edición: Ediciones Dédalo. Calle Espronceda 366, 08027 Barcelona
Editora: Violant Muñoz i Genovés
Maquetación: Silvia Inés Marchiano - smarchiano@gmail.com
ISBN: 978-8494-364-2015
Depósito legal: B-2304-2015
Impreso en: PUBLIDISA

Índice

Título	Página
Precedentes históricos	9
Prólogo	12
1 Dudas y decepciones	18
2 Luz fría	55
3 Sorpresa en Barajas	70
4 Deineka duerme	95
5 Señorita Goldblum	129
6 Travesía por el Moskva	155
7 Vuelo a Yakutia	165
8 Carta para Burgos	183
9 Emboscada en Irkutsk	188
10 Yacimientos de mamuts	194
11 Rescate en la nieve	208
12 Carretera de los huesos	235
13 Noche en Norillag	250
14 Tabita y el papel arrugado	261
15 La misión de Mr. X	283
16 Capitán Nemo	293
17 El cocinero del Prelude	302
18 Hands for Delhi	321
19 Un grano de mostaza	351
20 La ilegible frase del cariño	365
Agradecimientos	384
Bibliografía	385

*A Cristi, por la fortaleza de la que nunca presume,
y el cariño que siempre guarda para mí.*

Precedentes históricos

A mediados de 2012, se difundió la noticia del descubrimiento del **bosón de Higgs** conocido poco después por la controvertida acepción: “la partícula de Dios”. Desde entonces, tanto la literatura, el cine, así como otros medios de difusión tomaron conciencia de la existencia de “ciertos riesgos”. Los modernos aceleradores de partículas que se emplean en la datación de reliquias arqueológicas, podrían a su vez representar una amenaza si de forma fortuita o intencionada se creaban pequeños agujeros negros llamados “de gusano”, que podrían tragarse la materia. Las probabilidades, para algunos, son todavía hoy insignificantes o remotas, dado que deberían concurrir una cadena de sucesiones precisas, o que no se podrían dar todos los parámetros necesarios para provocar su aparición en un solo ensayo. Algo parecido ocurrió con la carrera de armamentos de los años 70, si un potente impulsor de energía caía en las dudosas manos de un loco sin escrúpulos o al servicio de oscuros intereses, dejaría de ser inofensivo.

Mientras tanto el calentamiento global continuaba derritiendo el *Permafrost* en lugares como Siberia. Este inesperado suceso había propiciado la posibilidad de la clonación y la “resurrección” de especies extintas. El cambio climático ha permitido aflorar los esqueletos de animales prehistóricos, ocultos durante siglos bajo los hielos eternos. La comunidad científica se ha visto inmersa en un dilema ético y moral sobre la conveniencia de concentrar tantos esfuerzos y recursos en recuperar especies desaparecidas, en lugar de proteger las que hoy están a punto de extinguirse.

National Geographic de abril de 2013 publicó en su revista mensual el artículo: “El regreso del mamut”, y el propio **Scientific American** declaró en su edición de junio que “la clonación no era una mala idea” después de esto, el hallazgo de una cría en cuyo abdomen todavía se conservaba sangre en estado líquido, sangre prehistórica, desató un sinfín de especulaciones sobre el uso del material

genético. El propio **Siberian Times** afirmaba que la sangre de los mamuts tenían “*propiedades crio-protectoras*”.

El personaje de esta historia, decepcionado por el curso que desde hace algún tiempo ha tomado su vida, decide adentrarse en la abrupta tundra Siberiana y formar parte de “**Impatiens Project**”; un equipo de genetista que persiguen recrear la “*desextinción*”.

Sin embargo, nada saldrá como había previsto y su estancia en Rusia pondrá a prueba todo lo que ama y todo en lo que cree.

Manuel Julián

PRÓLOGO

D. Vorobiev

Lorenzo habla con un fósil y se pregunta: “¿*Realmente podríamos comprender mejor al ser humano analizando unos huesos petrificados en el barro del tiempo?*” Un imprevisible suceso convierte todo lo que antes parecía normal, en algo absurdo, circunstancial y vacío. Su viaje es una oportunidad de buscar en sí mismo el hombre que nunca había sido, aunque para ello deba enfrentarse a sus propios miedos, a sus fantasmas, sus dudas y su pasado. Solo, desarmado y sin preparación, dispondrá únicamente del amor, y lo poco que le quedaba de algo parecido al sentido común, todo ello a pesar de su insufrible nerviosismo y pésimo sentido del humor.

El personaje principal, no puede menos que odiar amar tanto. En ocasiones, la pasión psicológica se transforma en un horrible miedo a perderlo todo, y sin embargo eso mismo es lo que le empuja y le mantiene con vida a lo largo de casi 400 páginas.

El narrador se distancia a veces y muestra su naturaleza reflexiva, otorgándole así al texto, además de la amenidad, una profundidad digna de la buena literatura. Es una novela de contrastes. Uno de estos contrastes es el conflicto entre fe y ciencia. ¿La ciencia es demostrable y lo demás es cuestión de fe? La fe, sin embargo, es la que le ayuda a sobrevivir frente a innumerables adversidades. La novela tiene también una buena dosis de ciencia-ficción. En un escenario de aceleradores de partículas y ojos biónicos, vemos como las nuevas tecnologías se suman al litigio de las viejas preguntas.

Por lo demás, la descripción de otras culturas, y en concreto la rusa, están tratadas de forma realista y genuina, dejando a un lado los tópicos y estereotipos.

Hay una concreción no sólo de los paisajes, sino también de los pensamientos, deseos e imágenes mentales que se experimentan, lo que nos hace entrar de lleno en la historia e incluso identificarnos con los personajes o, cuando menos,

sentir en alguna medida lo que ellos sienten. Tanto es así, que hasta los sueños son permeados por la pluma del escritor, haciendo aflorar las imágenes del subconsciente del personaje al primer plano de la descripción. Imágenes tan acertadas y persistentes como las nubes de azafrán que merecidamente dan título a esta novela. Todo esto configura una compleja psicología, hasta el punto que nosotros mismos podamos sentir las angustias, los miedos y los arrebatos de sus personajes. Incluso cosas tan sutiles como esos *“apreciados instantes que rodaban hacia un lugar oscuro del subconsciente donde la oscuridad los engullía para siempre”* quedan grabadas en la mente del lector. Esto, me atrevo a decir, es una de las razones principales por las que las páginas de este libro vuelan una vez abierto.

La ágil prosa del escritor hace posible aproximarnos al detalle de sus descripciones hasta tal punto que podemos observar esas pequeñas imperfecciones, que a veces hacen que todo sea perfecto. A la hábil descripción le acompaña una trama bien urdida. Hay un desarrollo bien trabajado para generar tensión y momentos climáticos llenos de acción.

Muchas monedas siguen en el fondo de la fuente, pero *“¿a dónde van a parar todos nuestros deseos?”* Tal vez esta sea una de las preguntas de base que reaparece en el relato y centellea como el oro en el fondo del agua. Mientras tanto, el personaje lucha para no rendirse, pues como apunta el autor, *“todo se acaba cuando te rindes, o cuando la vida te traiciona con una de sus maravillosas sonrisas. Es un gesto que se repite desde el principio de los tiempos, una mueca fugaz que se adhiere a la fibra sustancial del genoma humano. Una masa acuosa de miedos que flotan sobre secretos abismos de preguntas e incertidumbres”*.

La historia de Gedeón, nos arroja luz sobre un hecho incuestionable: lo importante no es la cantidad, sino la actitud, los motivos. Las batallas se vencen primero en nuestro corazón.

D. Vorobiev

Traductor y estudiante de Musicología y Filosofía

1

Dudas y decepciones

Sierra de Atapuerca – Burgos
Mayo de 2013

Dos gotas de sudor se deslizan por la frente de Lorenzo Forner. A catorce metros de profundidad, en la sima de huesos, el calor es sofocante, se condensa como si la Cueva Mayor fuera una enorme freidora a fuego lento, en cambio, el aire seco de la sierra lame el suelo de la superficie estremeciendo la loneta de los techos.

—¿Qué es exactamente lo que estamos buscando? —Preguntó a su hermano Alejandro. —Llevamos meses en este nivel y no hemos avanzado casi nada.

Lorenzo se encontraba sumido en una profunda apatía, su cansancio era principalmente psicológico, algo parecido a lo que ocurre cuando se deja de creer y esa misma incertidumbre te hace sentir tan vacío que terminas cuestionándolo todo.

Detrás de cada cosa que hacemos hay un motivo, un motor que alimenta nuestras acciones, Lorenzo había perdido su motivo, había dejado de creer en lo que hacía. Y ahora, el silencio en el que se ahogaba durante toda la mañana no presagiaba nada bueno. Sus dudas le mantenían como un corcho a la deriva sobre un mar tempestuoso, flotando, pero sin rumbo.

Lorenzo tenía preguntas que ahora no deseaba formular, estaba convencido de que su hermano no las entendería. Su impostura acabaría por irritarle, pero las dudas no se desvanecían, porque sencillamente no podía dejar de pensar en ellas, él mismo se veía incapaz de alejarlas de su mente, quizá sus preguntas solo eran chorradas, pero la cuestión es que eran las suyas:

“¿Realmente podríamos comprender mejor al ser humano analizando unos huesos petrificados en el barro del tiempo? ¿Es cierto que los hallazgos analizados tienen la edad que hemos dicho que tenían? ¿Por qué no puedo ver la evolución en la cotidiana y deteriorada existencia de todo cuanto me rodea? ¿Vale la pena dedicar tanto tiempo y esfuerzo a comprender nuestros orígenes?”

Las dataciones del radiocarbono y del polen también habían sufrido serios errores en otras ocasiones. Algunos científicos, como los técnicos de efectos especiales de la factoría *Amblin*, se habían dejado llevar por ciertas tendencias “románticas” recreando de manera futurista el minucioso detalle de un homínido a partir de un fragmento de mandíbula. Con un puñado de fragmentos reproducían el pelo, el color de los ojos y hasta las arrugas en la cara de un orangután que recordaba vagamente el aspecto primigenio de un hombre, y todo ello gracias a las nuevas tecnologías de diseño gráfico. Aprovechando el trazado de cuatro maxilares y algo de mandíbula con una osteoporosis tan avanzada que parecía un colador, el potente ordenador podía recrear todas las piezas que faltaban y darles una textura a la que los técnicos en 3D llamaban pieles, y luego mediante la orden: revolución y extrusión rellenarlo todo de un sólido parecido al de la cara de un hombre.

Dicen que Darwin dejó de creer en Dios cuando perdió a su hija Anne a consecuencia de la tuberculosis, las decepciones intoxican nuestras creencias.

Lorenzo había recibido a principios de semana una carta de Boris Kryltsov, un experto en biología genética que en los noventa había intentado crear un Parque Pleistoceno cerca de los montes Cherski. El biólogo le invitaba a trabajar con su equipo, siempre que no le importara pasar algo de frío en las remotas regiones

del Saja oriental. La carta incluía un billete de avión con escala en *Sheremetyevo* y unas tarjetas distintivas.

Algunas publicaciones científicas hablaban sobre los restos de mamut hallados en Siberia, las nuevas investigaciones habían hecho resurgir ciertas consideraciones éticas sobre lo que había llegado a denominarse la “*desextinción*”. ¿Realmente deberían resucitar las especies que ya se habían extinguido?

Alguien dijo que si nosotros habíamos sido los causantes, también éramos ahora los responsables de solucionarlo, un loable argumento algo salpicado de contradicciones. Y luego estaba también lo que todos habíamos visto en la película “*Parque Jurásico*”, un guion de cine que ahora parecía querer cobrar vida de nuevo. Los genetistas estaban a escasa distancia de conseguirlo y este hecho, aunque para algunos era muy perturbador, para otros, por el contrario, resultaba fascinante.

Alejandro (Alex) Forner se encontraba tendido en el suelo sobre una tabla flotante. Había escuchado pacientemente todas las quejas y protestas de su hermano. En ese momento, pasaba una lija de agua y el esmeril a una tibia de hombre adulto parcialmente sedimentada. Con un pincel de cerdas tan finas que podría servir para dar color al glamuroso rostro de una modelo, retiraba las impurezas que se acumulaban alrededor del hueso.

De vez en cuando, Lorenzo tenía estos arrebatos o pataletas y su hermano, simplemente dejaba que se le pasaran.

En esta ocasión, sin embargo, Lorenzo se mostraba más inquieto que de costumbre, se levantó y caminó unos metros, parecía distraído. Luego pisó por descuido una demarcación del terreno rompiendo la baliza bajo sus botas.

Alex detuvo lo que estaba haciendo para evaluar los daños de aquella torpeza. En estos casos de flagrante metedura de pata, su reacción procuraba ser casi siempre contenida. Intentó no alarmarse y como había hecho otras veces, fue condescendiente con su hermano.

Alex era el mayor, casi ocho años y desde que perdieron a sus padres en un estúpido crucero, siempre había cuidado del pequeño. Eran apenas unos niños cuando ocurrió y Alex asumió la pesada responsabilidad de evitar que su hermano se hiciera daño, que sufriera por absurdas nimiedades. Fue padre y madre para él, tutor, criada, psicólogo, institutriz y abogado defensor. Lo del naufragio era algo difícil de comprender para un niño. ¿Dónde estaban sus padres? ¿Qué ocurría con las personas que se ahogaban? ¿Se los llevaba Dios al cielo, o a otro lugar? Después de meses de búsqueda en una amplia zona del Atlántico, ni siquiera encontraron los cuerpos, el caso quedó archivado y prescribió con el paso del tiempo.

Al principio vivieron con sus tíos en un barrio burgalés a las afueras de la ciudad, no tenían hijos y los acogieron amablemente, pero la tía Elisa enfermó gravemente y tuvieron que irse cuando falleció. Después alquilaron una habitación cerca de la catedral. Tenía la incomodidad de que el lavabo estaba en el rellano de la escalera y que lo compartían cinco vecinos, pero aquella habitación era lo único que podían pagar.

Alex trabajó repartiendo frutas y verduras, sirviendo aperitivos, lavando coches, se esforzó mucho con tal de que ambos pudieran salir hacia adelante. La tía Elisa redactó sus últimas voluntades poco antes de que su salud empeorara, en el testamento había una cláusula donde se otorgaba suficiente dinero para que ambos pudieran ir a la universidad, era el último deseo de la hermana de su madre, y su esposo lo respetó.

Resultaba difícil aceptar la idea, pero por mucho que lo intentaran eludir, la realidad es que ambos eran huérfanos y que habían sufrido las mismas carencias afectivas, pero también comprendían que tal y como habían ido las cosas hasta ahora, quizá no volverían a disponer de otra oportunidad, así es que aceptaron la póstuma ayuda de su tía y se doctoraron en la Complutense para el estudio del hombre y el conocimiento del ser humano a través de los tiempos; la Antropología.

Alex conocía bien a su hermano:

—¿Qué mosca te ha picado hoy? ¿Cómo puedes preguntarme ahora sobre qué es lo que estamos buscando? Sabes muy bien que durante los últimos cincuenta años muchos equipos se han dejado la piel en este mismo suelo, entre todos ellos y ahora nosotros, hemos podido recuperar más de 5.000 piezas, fósiles, y una treintena de restos que pertenecieron a un asentamiento humano de la época del Pleistoceno, de las últimas glaciaciones. Nos hemos labrado una prestigiosa reputación ampliamente reconocida por eruditos de todo el mundo; la Fundación, el Museo, las visitas guiadas, la página web, publicaciones, conferencias, ¿crees que todo eso se sostiene preguntándonos “ahora” sobre qué es exactamente lo que estamos buscando?

—Estoy cansado de la vida que llevo, hermano. Estoy harto de remover cada día en el barro buscando cosas que no me satisfacen. No siento que mi vida tenga sentido, no me siento útil, ni sé cuál es mi sitio.

—Tu sitio es este. Aquí en Atapuerca. Estamos juntos, nos tenemos el uno al otro, ¿qué otra cosa podríamos desear?

—Deseo hacer otras cosas. Me gusta el arte, la música, la enseñanza. Me gustaría casarme, tener hijos, una vida normal. No estoy seguro de que puedas entenderme.

—Lo que entiendo es que hoy tienes un mal día. A todos nos ha pasado antes, pero no deberías desesperarte por ello.

La paleoantropología es una ciencia que precisa mucha paciencia y tú lo sabes, —Alex dejó de hablar y esperó su reacción, reconocía ese mismo gesto que desde la infancia y de forma inequívoca siempre le había transmitido el mismo mensaje, observando cómo Lorenzo miraba abstraídamente la punta de sus botas enseguida percibió dónde estaba el problema:

—Creo que mañana necesitaré que te acerques a la Universidad para recoger la espectrometría de un tórax, ¿podrías hacer esto por mí? —Lorenzo sonrió como un idiota intentando disimular su repentino entusiasmo. Alex ya había recibido las gráficas una semana antes por correo electrónico, las tenía archivadas

encima de su mesa, pero sabía que su hermano necesitaba encontrarse de nuevo con Ethel.

Ethel llegó en la primavera de 2007 con una beca Erasmus, provenía de una ciudad a veinte minutos de Düsseldorf, le apasionaba tanto la química que casi siempre hablaba de fórmulas y estabilidades. Sus progresos fueron tan rápidos y manifiestos, que en poco tiempo aprendió a calibrar el Agilent serie 7500 para las [ICP-MS] Electrometría de masa de plasma. El Agilent detectaba principalmente todas las partículas metálicas y metabólicas de un componente.

La simple idea de volver a ver a Ethel había dejado a Lorenzo afectado de insomnio, era un dulce nerviosismo en la boca del estómago, idéntico al que experimentaría un niño de camino a Disneylandia.

Se levantó muy temprano y saltó al interior de su Jeep de color verde hiedra.

Alex, asomado a la ventana observó cómo su hermano se alejaba del aparcamiento, Lorenzo puso la primera e hizo derrapar las ruedas de su Wrangler. Antes de salir miró sonriente hacia la ventana, sabía que su hermano estaría allí, observándole.

Mientras saboreaba una humeante taza de café, Alex sintió cierta serenidad al comprobar el efecto que sus palabras habían causado en el ánimo de su hermano.

La primavera había llenado la sierra de flores silvestres, las hojas caídas de los árboles volaban tras los neumáticos del Jeep al tiempo en que las ardillas se ocultaban en sus madrigueras.

Lorenzo llegó a la UBU [*Universidad de Burgos*] antes de comenzar las clases. Con la esperanza de encontrar mesa en la cafetería se apresuró a realizar una reserva y de esta forma invitaría a Ethel a un auténtico desayuno burgalés. Salió esa mañana tan temprano que incluso le había dado tiempo de pasar por el mercado de abastos y comprar unas flores.

Un año antes, más o menos por estas fechas, Lorenzo había visitado a Ethel con un ramo casi idéntico, pero además había encargado a un amigo suyo, uno de esos informáticos algo frikis e hijo de un diseñador de joyas, una pulsera muy especial. Se trataba de un bonito cordón de aleación de platino que la hacía prácticamente irrompible. Lo probaron con una cizalla para candados de acero y no consiguieron marcarle ni una muesca. El cierre era a rosca con seguro y el broche dos pequeños delfines incrustados, con ojos de zafiro del tamaño de una punta de alfiler. A Ethel le encantaban los delfines, incluso se hallaba vinculada a diferentes organizaciones pro-defensa de los cetáceos. El regalo le gustó tanto que nunca se lo quitaba. La verdad es que tampoco podía abrir al cierre. “Un día lo arreglaremos”—Le prometió él.

Era una mañana húmeda, pero luminosa. Cada pequeño gesto entrañaba una promesa y Lorenzo caminaba al encuentro de Ethel, alegre y decidido, con un colorido ramo de tulipanes y unas florecillas blancas llamadas *gypsophilas* (*flores de la ilusión*) a manera de relleno. El maestro de ornamentación floral le explicó algo sobre los milagros de la tecnología que permitían que los tulipanes florecieran todo el año, pero sus ojos estaban puestos en el camino a la UBU. Hoy era viernes y dispondrían de todo un fin de semana antes de regresar a los yacimientos.

La primera vez que Lorenzo vio a Ethel fue en la parada del autobús, —en Burgos no hay servicio de metro—, la vio en los Soportales de Antón. ¿Qué clase de persona se enamora en un sitio así?, es decir, no se conocieron en una cena, una fiesta, el cine o en un acto público, que habría sido lo más normal. ¡No!. Fue en una parada de autobús.

La línea 15 conduce hasta el centro histórico de Burgos. Todo el recorrido se encuentra salpicado de referencias a la tristeza que sintió el Cid campeador, Rodrigo Díaz de Vivar, cuando entró en su amada ciudad a finales del siglo XI.

Lorenzo tenía que haber abandonado el autobús mucho antes, pero un impulso, absurdo e irracional le mantenía aferrado a su asiento. ¿Quién era?, ¿Cómo se llamaría?, ¿Dónde vivía?, ¿Estaría casada?, ¿Por qué era tan... hermosa?

Lorenzo se había enamorado de una desconocida en tres segundos, no había duda, era ella.

Bajó del autobús al tiempo en que lo hacía la joven y dejó de seguirla para que no tuviera la impresión de sentirse acosada por un maníaco psicópata.

Después de esa tarde, estuvo durante varias semanas enfadado consigo mismo por no haber tomado la iniciativa o por lo menos haber intentado decirle algo, cualquier cosa y quizá con algún pretexto averiguar su nombre, pero por esas caprichosas casualidades de la vida algún tiempo después volvió a verla en los laboratorios de la UBU. —Te presento a Ethel, —dijo el vicerrector— la nueva analítica responsable de las muestras que recibimos de Atapuerca. —Ethel hizo el gesto de adelantar su mejilla, pero Lorenzo solo le estrechó la mano. Algo que lamentaría por mucho tiempo.

Una multitud de jóvenes que acudían a las primeras clases de ciencia se cruzaron con Lorenzo, estaban alegres y bromeaban entre sí al ver a un panoli con flores. Todo ese ambiente universitario le traía agradables recuerdos de otro tiempo, de su época como estudiante en Harvard, de sus inicios en la antropología, las primeras prácticas como paleontólogo en Sudáfrica y luego Atapuerca. Algunos minutos después pasaba por delante del campus de San Amaro y seguidamente accedió a las instalaciones universitarias.

En el laboratorio de electrometría [ICP-MS] Ethel estaba preparando todos los útiles para el siguiente ensayo. Sobre la reluciente poyata de aluminio, el Agilent 7500 ya había entrado en fusión. Millones de partículas de Helio colisionaban con las muestras para determinar las trazas de hidruros, metales o minerales. Este proceso es relativamente sencillo, en cambio, los preparativos para análisis de ^{14}C [Carbono 14. Isótopo radioactivo descubierto en 1940] son mucho más complejos y ocupan algo más de tiempo, casi cinco horas de trabajo antes de que la muestra sea introducida en el AMS [*Accelerator Mass Spectroscopy*]. Primero debían separarse los diferentes compuestos mediante una limpieza llamada proceso de soxhlet y que consiste básicamente en aplicar disolventes orgánicos que eliminan las impurezas. Después un baño en disolución de agua destilada y secado del producto resultante, luego es

introducido en un tubo de cuarzo al que se añade otras sustancias. El tubo es sellado creando un vacío y a continuación es sometido a una temperatura de combustión que supera los 900°C hasta convertirse en gas..., el proceso, a grandes rasgos, persigue transformar la muestra en grafito. Finalmente es prensada e introducida en el AMS.

El ^{14}C se produce de manera natural a consecuencia de los constantes impactos de rayos cósmicos sobre el nitrógeno de nuestra atmósfera, el carbono se combina con el oxígeno formando el CO_2 tan necesario en la fotosíntesis. Para poder estudiarlo de cerca, se deben recrear esas explosiones de manera controlada mediante los aceleradores de partículas. Las explosiones separan los átomos en sus grupos naturales.

Los átomos son neutros. Es como si cogiéramos un lápiz y lo colocáramos a lo ancho de nuestro dedo formando una cruz. En el lado izquierdo, la punta del lápiz se encuentran los electrones (cuya carga eléctrica es negativa) y en el otro extremo del lápiz, en la goma, los protones (cuya carga eléctrica es positiva). El punto sobre nuestro dedo donde el lápiz hace equilibrios es un punto neutro (neutrones) formado por isótopos, que son los que permiten la estabilidad del núcleo atómico. En el caso del ^{14}C , el carbono cuenta con ocho neutrones y seis protones, lo que suman 14. Esto significa que si tenemos en un lado ocho partes y en el otro seis, el equilibrio entraña muchas dificultades y solo es posible gracias a los isótopos.

La vida en muchas ocasiones es posible, gracias al equilibrio entre las fuerzas opuestas. Una especie de Yin Yang en la simbiosis de los ecosistemas.

Aplicando todo lo que se ha descubierto sobre radioactividad, el tiempo que tarda un número determinado de átomos de un isótopo radioactivo en reducirse a la mitad es una constante que se calcula en función del tamaño y peso de la muestra. A esto se le llama semivida o semidesintegración del isótopo. Para el ^{14}C , la semivida se estima en 5.730 años y cada subdivisión puede alcanzar una edad total de 60 millones de años. Cuando mueren los seres vivos, también desaparece la aportación de ^{14}C en sus tejidos, y los átomos existentes, con el tiempo, se desintegran. En una cuenta de tiempo hacia atrás, los científicos

calculan mediante los aceleradores de partículas, en qué momento murió, o cuánto tiempo ha pasado desde entonces. A este proceso se le llama datación.

Los neutrones están presentes en el aire que respiramos. Cuando uno de esas partículas invisibles choca contra un átomo de nitrógeno sucede algo sorprendente, se crea un fenómeno de desplazamiento e incluso la sustitución de un protón en su núcleo y en ese momento casi milagroso, vualá, aparece el ^{14}C como si se tratara de una gran réplica en la que la vida siempre se hace camino.

La atmósfera se está deteriorando. Desde el lanzamiento de la bomba atómica sobre las ciudades Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945 y después la frenética producción de ojivas durante la guerra fría y finalmente las constantes pruebas nucleares, han provocado un prematuro desgaste del medioambiente así como de la climatología. Nuestros propios hábitos lo han acentuado: combustibles fósiles, aerosoles, los gases de millones de aparatos de aire acondicionado, de los vehículos, emanaciones industriales...

Las pruebas de radiocarbono, desde mediados del siglo XX habían sufrido muchas inestabilidades. Este hecho condujo a un grupo de eruditos en física orgánica a crear un estándar de medición que todavía hoy se conserva en el NIST [Instituto Nacional de Estándares y Tecnologías de EE.UU] El patrón de referencia es el contenido de óxido oxálico procedente del ^{14}C equivalente a un trozo de madera datado en 1950. Ese patrón es una constante para calcular las edades de la materia muerta y afinar los aceleradores que deben funcionar en sintonía con este algoritmo.

Los aceleradores recrean el submundo de las colisiones de partículas. La más diminuta de esas partículas que puede observarse a través de un microscopio óptico consta de más de diez mil millones de átomos, una cifra nada despreciable que puede ayudarnos a comprender qué es lo que se hace con los fragmentos analizados en un laboratorio de estas características.

El pictograma fijado en la puerta era inconfundible: un triángulo de reborde negro y fondo amarillo con un aspa negra de tres brazos en su interior. Peligro Radioactivo.

En el laboratorio de la UBU eran conscientes de todos los riesgos existentes en un proceso de nanotecnologías y micro explosiones nucleares. Este era el motivo por el que Ethel nunca trabajaba sola, todos los empleados seguían un escrupuloso protocolo de protecciones individuales [EPI], cámaras estancas y el checklist de control para cada prueba. Se cronometraba y anotaba cada paso por muy insignificante que pareciera. Era necesario.

Durante el último año, el joven analista Dani había participado en casi todos los ensayos de masas de plasma, su trabajo le permitía estar cada vez más cerca de Ethel. Sus precisos y gráciles movimientos le cautivaban, su contagiosa sonrisa y sus cabellos tan rubios, como los campos dorados en la canción de Eva Cassidy y ese olor de su cuerpo al trabajar tan cerca de él, un sutil perfume a hierbas aromáticas, agua jabonosa y crema de avena. Todo un compendio de sensaciones que le inducían a recrear en su mente fantásticos encuentros en la intimidad con Ethel, soñaba con ellos, últimamente se habían hecho tan frecuentes, que casi parecían reales.

Esa mañana estaban solos. Dani, o su fértil imaginación o las circunstancias del momento o todo ello colisionando entre sí como las partículas de Helio en el espectrómetro, le impulsaron a creer o a presuponer que Ethel sentiría lo mismo por él y mientras ella carecía de tiempo para reaccionar, Dani ya se había quitado sus guantes de silicona y atraído sus labios hasta los suyos en un profundo beso.

Ethel —totalmente sorprendida— sujetó a Dani por los hombros para separarse de él, aunque para un recién llegado no estaría muy claro si su verdadera intención era separar o atraer. Todo sucedió muy deprisa, justo en el momento en que se abría la puerta y entraba Lorenzo.

Ethel vio como Lorenzo, sin hacer ruido y cabizbajo cerraba de nuevo antes de salir. Se dio la vuelta hacia Dani y en un nanosegundo le rompió las gafas de un puñetazo. Ethel salió precipitadamente al pasillo de Tecnología Científica, pero casi nueve mil alumnos además de setecientos miembros del equipo docente y

trescientos empleados de administración, servicios y mantenimiento conferían a los pasillos y accesos del UBU el maremágnum de una enorme multitud de caras, pies y mochilas deambulando en toda dirección posible sin que se encontrara el más leve rastro de Lorenzo. La señora de la limpieza hundía la nariz en un hermoso ramo de tulipanes de color albaricoque, el regalo que un desconocido le había entregado. Se encogió de hombros y los colocó en su carro de utensilios de limpieza, hoy sería la admiración de las demás limpiadoras. ¿Y si resulta que después de todo tenía un admirador secreto?

Diez minutos después Ethel mantenía una acalorada conversación en el despacho del rector con tres de sus superiores:

—¡No considero que lo que ha ocurrido sea un simple desliz!, su comportamiento es absolutamente inaceptable, ¡me he sentido acosada! No quiero que vuelva a pisar el laboratorio, no lo quiero en mi equipo. Ha sido humillante, pero ¡¿qué es lo que se ha pensado ese psicópata engreído, cómo ha podido atreverse?!

—Cálmese señorita Ethel, sin duda todo este lamentable suceso ha de tener alguna explicación. Es un comportamiento absurdo, lo reconozco, pero el hecho de que le hayan robado un beso no confiere al analista Daniel el trato de psicópata y dado que se trata de un hecho aislado, quizá sería un poco precipitado considerarlo como acoso. —El vicerrector del parque científico era alguien muy pragmático y le preocupaba que un incidente así pudiera empañar la reputación del centro. Lo que acababa de decir incendiaba aún con más indignación los ánimos de Ethel. El director salió al paso para evitar el caos:

—Señorita Ethel, todos los presentes hemos escuchado con suma atención cada uno de los argumentos que nos ha expuesto, no dude de que los tendremos en seria consideración. —El director levantó el teléfono de su mesa y marcó una extensión de tres dígitos: —Señorita Lourdes, localíceme al analista Daniel Suances y cítelo en mi despacho..., sí, dentro de quince minutos..., exacto, quince minutos. Insístale en lo mucho que valoro la puntualidad, especialmente hoy que como bien sabe tengo diversas reuniones con el consejo administrativo de ambos campus. Muy bien, sí, muchas gracias.

—Después de colgar el teléfono, el director rogó a Ethel que confiara en ellos: —déjelo en nuestras manos —había dicho, y que por favor continuara con sus tareas. Esa misma tarde le comunicarían la decisión que habrían adoptado.

Ethel estaba emocionalmente agotada, marcó en su Smartphone el número de Lorenzo con la esperanza de que respondiera, necesitaba explicárselo todo.

En la pantalla táctil del teléfono de Lorenzo aparecía una pequeña imagen de Ethel, era una fotografía que él mismo le había hecho en la Plaza del Mercado una tarde de septiembre. Las ruedas del Jeep de Lorenzo crujían a su paso por el corazón del primitivo reino de Castilla. Aparcó cerca del ayuntamiento y caminó un poco por Diego Porcelos, luego se adentró en la Plaza rey San Fernando allí tomó una de las cervezas preferidas de Ethel, una Altbier destilada en Strümp. Aquella era la cervecería a la que siempre acudían juntos, el camarero se extrañó de que ésta vez viniera solo, pero no quiso ser indiscreto. Sentado en una mesa para dos, con vistas a la plaza, Lorenzo observaba a los transeúntes dirigirse apresuradamente hacia sus tediosas rutinas. *“La gente corre para no perderse nada y en realidad, con las prisas se lo pierden todo”*. — Pensó. Después se encaminó hasta el MEH [Museo de la Evolución Humana]. El museo, diseñado por el arquitecto Juan N. Baldeweg se erigía sobre lo que había sido un convento de los religiosos dominicos. La estructura consistía en una moderna distribución de salas diáfanas a cuatro alturas y formadas por módulos acristalados. Inaugurado hace apenas tres años, el complejo se había convertido en uno de los diez museos más visitados del país. En el MEH todo el personal conocía a Lorenzo y éste comprendió que no había sido buena idea refugiarse en él si resultaba que a cada persona a la que se encontraba tenía que explicarle cómo se encontraba Ethel. Pero aquel lugar había sido siempre para él como un reducto, además necesitaba ver a Jerry. El cráneo correspondía a uno de los primeros homínidos encontrados en la Sierra de Atapuerca. Él lo llamaba Jerry, recordando a uno de sus humoristas preferidos, Jerry Lewis, y posiblemente ahora, al mirar la calavera, una de las sonrisas más antiguas de la historia. Se encontraba delante del rostro sin expresión de un Australopithecus al que había cogido cariño. Si lo miraba fijamente durante un buen rato, daba la

impresión de que aquella vieja mandíbula se movería y comenzaría a responderle, pero lo cierto es que lo que ocurrió fue todo lo contrario:

—Hola Jerry, ¿cómo estás? ¿Te tratan bien los conservadores? No te vas a creer lo que me ha pasado. Ha sido, bueno, ha sido... ¿Por qué es todo tan complicado? Si por lo menos supiera en qué me he equivocado. Entiendo que no soy muy creativo ni espontáneo, quizá debería cuidar más los detalles, haberle hecho algún inesperado regalo de vez en cuando, esas cosas gustan a las mujeres. He estado tan concentrado en la Sima de huesos, que casi no le he llamado durante las dos últimas semanas. Sí ya sé lo que estás pensando, sino hubiéramos continuado las excavaciones, no te habríamos encontrado, pero no te ofendas, entre tú y Ethel no hay ni punto de comparación—.

El teléfono vibraba de nuevo en el bolsillo de su camisa, ahora se trataba de su hermano, pero Lorenzo había eliminado el volumen y esta vez tampoco respondió.

El museo había recibido la visita de un colegio y dos nutridos grupos de chinos apasionados por la fotografía, en pocos minutos, su íntima conversación con Jerry se vio invadida por miradas profanas que cuchicheaban a su alrededor como un enjambre de avispas. Lorenzo se despidió de Jerry con un sencillo gesto de complicidad. En pocos minutos llegó hasta el despacho de su hermano, se detuvo ante una puerta con las siglas [CENIEH], desde hacia varios años Alex Forner colaboraba con el *Centro Nacional de Investigación sobre la Evolución Humana*. Burgos se preparaba para acoger el XVII Congreso de Ciencias Prehistóricas.

Lorenzo abrió con la llave que siempre llevaba en el bolsillo de su anorak, un leve aliento de luz se filtraba entre las lamas de una persiana veneciana. El sol ya no brillaba con tanto optimismo como lo había hecho durante la mañana, pero, aunque la iluminación era escasa, todavía se podía entrever la distribución del mobiliario. El despacho estaba presidido por un escritorio de madera de encina. Sobre la mesa una lámpara de tulipa color vainilla, dos pantallas planas idénticas, conectadas a un mismo ordenador, un buen montón de papeles

sujetos por una piedra que recordaba a un Bifaz encontrado en Gran Dolina, un antiguo frasco de cristal que una vez contuvo café en grano y que ahora servía como pote para lápices. Estanterías nutridas de libros sobre fósiles y Antropología biológica, publicaciones científicas y alguna guía turística. Archivadores metálicos, un perchero de cuatro brazos y un marco con una fotografía de grupo en los yacimientos. En un lado del despacho descansaba un butacón Chesterfield de cuero viejo.

Lorenzo aún no sabía muy bien qué es lo que hacía allí, no había comido nada en todo el día y el paseo por los parques de Fuentes Blancas le había dejado tan cansado que no deseaba ver a nadie. Abrió el archivador por la letra W y cogió la botella de bourbon que su hermano guardaba para las ocasiones especiales. Esta era una de esas ocasiones.

Cinco horas después la megafonía del museo anunciaba su cierre, serían casi las ocho de la tarde. Lorenzo se incorporó como pudo del butacón en el que se había quedado dormido, todo le daba vueltas, guardó la botella medio vacía y comprobó que su teléfono había agotado la batería. Tambaleante entró en un lavabo público y se refrescó la cara, intentó recogerse el pelo con una goma de pollo, tenía un aspecto horrible y ahora además se había salpicado los pantalones. Al salir caminó con torpeza entre una maraña de adolescentes y asiáticos. Los visitantes abandonaban precipitadamente el MEH ante la temerosa idea de pasar la noche en un cementerio Paleolítico. En el exterior, el frío aire de Burgos se clavaba como agujas sobre el soporífero rostro de Lorenzo, que ahora no recordaba dónde había aparcado el coche.